

Entrevista a Néstor García Canclini (por Raquel San Martín)

"Ha caído la noción de paradigma"

Fuente: De la Redacción de LA NACION



El antropólogo argentino reflexiona sobre las nuevas formas de sentirse extranjero propiciadas por el avance de la tecnología, y afirma que la utopía igualadora producida por la globalización perdió vigencia

El mundo se ha poblado de extranjeros. Un turista, un desocupado, un estudiante de intercambio, una persona sin acceso a Internet, un artista que deja la pintura por los multimedia, alguien que regresa a su país después del exilio: mirados de cerca, todos comparten la experiencia de no pertenecer, una condición que ya no depende sólo de fronteras geográficas, sino que puede instalarse en la vida cotidiana de casi todos, aunque uno no se mueva de su casa.

Ese fenómeno es el más reciente objeto de inquietud del antropólogo argentino Néstor García Canclini, en línea con sus intereses más difundidos a nivel latinoamericano: las industrias culturales, la supervivencia de las culturas populares en la globalización, los jóvenes y las tecnologías.

Desde hace algunos meses, con la financiación de la Fundación Telefónica, García Canclini coordina un grupo de artistas, antropólogos, sociólogos y curadores argentinos que dará forma a un coloquio público el 12 y 13 de agosto próximo en Buenos Aires, un libro que se publicará a comienzos del año que viene, y una muestra artística en el segundo semestre de 2009 que curará con Andrea Giunta.

"Hoy somos más sensibles a la posibilidad de ser extraño en el propio país o en la propia ciudad, pero con procesos de segregación y diferenciación mucho más marcados", puntualiza García Canclini, radicado en México desde 1976, docente e investigador en la UNAM.

De paso por Buenos Aires, donde además presentó el libro *Lectores, espectadores e internautas* (Gedisa), García Canclini dibujó para *adncultura* un paisaje inquietante. "Nuevas formas de acercamiento que son resultado de la globalización vienen a menudo con la experiencia de que los otros nos resultan insostenibles", resumió.

Para los entusiasmados, va la advertencia: la globalización no derribó fronteras. En realidad, las multiplicó, las cambió de lugar, las suavizó para algunos pero las radicalizó definitivamente para otros.

-Usted plantea una noción ampliada de extranjería. ¿Qué formas de ser extranjero reconoce hoy?

-Partimos de que las únicas extranjerías no son las geográficas. Sin dudas se han incrementado las migraciones, las experiencias del extranjero como turista, como estudiante, pero hay otros procesos de segregación, y por lo tanto de la experiencia de ser extranjero, que derivan de formas de extrañamiento que pueden ocurrir en la misma sociedad. Por ejemplo, la idea de la extranjería entre lo analógico y lo digital: los jóvenes son nativos de ese nuevo universo; los adultos, extranjeros. Hablamos mal una lengua que nunca llegaremos a dominar. Y hay muchas otras extranjerías metafóricas, porque suceden más como fenómenos virtuales o del lenguaje que como territorios.

-¿Por ejemplo?

-La extranjería del que viaja fuera de su país un tiempo, regresa después de una dictadura o un período de estudios y se siente extranjero en su propio país. Es la distancia que genera circular por el mundo, volver a un país que cambió, mirar de otro modo lo que sigue siendo igual. También hay extranjerías productivas, al modo de muchos escritores, que descubren todo lo que pueden ver de su país y su propia sociedad pero sólo porque están afuera.

-Se puede ser extranjero en una situación y no serlo en otra.

-Así es. Y se puede ser extranjero respecto de las mismas personas e instituciones en cierto tipo de relaciones y no en otras. Los jóvenes pueden sentirse extranjeros en otro país distinto del suyo en relación con la lengua y las costumbres, pero pueden descubrir allí un grupo musical con el que se identifican, que los reconoce, y en esa situación no se sienten extranjeros.

-Las segregaciones, exclusiones y ciudadanía de segunda son experiencias de muy larga data. ¿En qué medida se están reformulando?

-Por una parte, hay una circulación mucho más fluida de las personas, los bienes y los mensajes por el mundo. Eso hace que nos sintamos en una situación familiar en otro país si vamos a los hoteles que se parecen a los de nuestro país, visitamos lugares que ya conocemos por el cine o la televisión, o vamos a una universidad con cuyos profesores hemos tenido una interconexión virtual. Esta fluidez de la circulación a escala internacional hace que las nociones de extranjería y de pertenencia sean muy móviles. Hoy somos más sensibles a la posibilidad de ser extraño en el propio país o en la propia ciudad, pero con procesos de segregación y diferenciación mucho más marcados que en el pasado. Eso se debe a la aceleración de los cambios, las nuevas tecnologías que establecen circuitos de comunicación, de pertenencia y de información que segregan profundamente a sectores dentro de una misma sociedad y hasta dentro de una misma familia.

-Pienso en segregaciones como la pobreza, la raza, la desocupación, que siguen existiendo fuertemente, en particular en América latina. Esas fronteras están bien marcadas.

-Sin duda. Son rotundas, siguen vigentes y a veces se radicalizan, porque si a la segregación clásica de tipo étnico se agregan otras formas de subordinación o extrañamiento, como la penuria económica, la dificultad de acceso educativo y de comunicaciones, se vuelve mucho más radical.

-Si todos en algún momento somos extranjeros, ¿sobre qué bases se construye entonces lo propio?

-Así como cambia la experiencia de extranjería, que se extiende y se contrae, también lo hace la noción de hogar, de cómo nos sentimos en nuestro propio sitio. Cambia porque nos identificamos con muchos elementos que no son los de la propia cultura y los podemos encontrar en otra. O porque lo que antes sentíamos como propio se nos vuelve ajeno u hostil. Todo esto tiene que ver con una elasticidad y una posibilidad de reproducir los modos de habitar. Todos tratamos de habitar un lugar para que nos haga sentir lo más cómodos posibles. Y para eso reproducimos, a través de fotos y de objetos, una memoria que traemos y que ha creado hábitos perceptivos y de afecto en cada uno. En todas las ciudades latinoamericanas donde hay migrantes, los barrios en que se concentran reproducen el lugar de origen, en la distribución del espacio, la relación entre la casa y el terreno, los animales. Se arma un entorno que los hace sentirse lo más posible en continuidad.

-¿En qué medida las nociones de lo extranjero y lo propio dependen de la distribución del poder?

-Siempre, por las posibilidades de acceso comunicacional, económicas y tecnológicas. Los migrantes populares trasladan fiestas de un lugar a otro a través de videos, de discos, de grabaciones familiares. La tecnología da una posibilidad de fluidez y comunicación por Internet con quien está lejos. Pero todo tiene un costo. No todos los migrantes pueden acceder a la comunicación telefónica diaria, a Internet o tener una cámara filmadora.

-¿Cómo se insertan los sectores más pobres en este universo tecnológico?

-Hay fronteras que pasan respecto de la misma tecnología por varios umbrales. En México, el 30% de los jóvenes entre 14 y 29 años tiene computadora en la casa, pero casi un 70% sabe manejar Internet porque lo usan en el cibercafé, la escuela, el trabajo. La frontera ahí se corrió en proporción inversa. Por supuesto, sigue siendo distinto tener Internet en la casa o no, aprender a manejar un repertorio más amplio de programas porque se sabe inglés o estar restringido al correo electrónico. Respecto de una misma tecnología, ya no es como antes: tener auto o no tenerlo. Hay muchos modos de participar y de quedar afuera.

-Se puede tener acceso y no necesariamente aumentar los conocimientos, la información o el capital cultural tecnológico.

-Exacto. Y no hay tampoco una relación lineal entre el acceso a distintas tecnologías. Un artista que trabaja en una zona suburbana de Buenos Aires me comentaba que allí las personas, que no están habituadas a venir a la ciudad, manejan celulares pero ante un ascensor sienten extrañeza.

-Ser artistas transmediáticos o poner a prueba las fronteras del arte ¿no se ha convertido hoy en "lo que hay que hacer", lo más institucionalizado?

-Ese es otro tipo de extranjería: el artista que durante treinta años de su vida pintó y pasa a usar otro lenguaje, o que mezcla pintura, escultura, instalación, video, lo revuelve y sale otra cosa. Es interesante ver cómo aprovechar esa multiplicidad de recursos y moverse con fluidez hablando varias lenguas. No veo una sustitución ni una evolución lineal y fatal. La pintura sigue existiendo y hasta se reactiva en muchos escenarios y así con otras artes.

-¿Hay algún lugar para la vanguardia hoy?

-Esa es casi una mala palabra. Me llama la atención la caducidad de la noción de vanguardia, la resistencia a pensar que eso pueda existir, cuando muchas de las nociones clave de la vanguardia siguen siendo decisivas. La noción de originalidad y de innovación, por ejemplo. Lo que sí acabó es la idea de vanguardia lineal, de que una tendencia sustituye a la anterior, de que lo que se había hecho antes no se puede hacer más. Una de las evidencias fue lo que sucedió en la temporada del posmodernismo, cuando se articulaban períodos de la representación y figuración y se los combinaba para desjerarquizar cualquier progresión histórica. Y después de eso ha quedado como un criterio de libertad.

-En su último libro afirma que la globalización está terminando. ¿En qué sentido?

-Espero que se deje leer como una frase irónica y no como una afirmación rotunda y literal. El resto de ese texto habla de ciertas promesas que venían con la globalización, como la interdependencia de todos con todos, que no se ha cumplido ni parece que vaya a ocurrir. Hemos aumentado la interdependencia y va a seguir intensificándose, con lo cual se puede decir que el proceso de globalización llegó para instalarse y no se puede regresar de él. Pero lo que sí ha caído es la utopía de que la globalización venía a sustituir a la modernidad, que iba a acabar con las diferencias y desigualdades entre las naciones y los grupos sociales, de que través de la proliferación de recursos tecnológicos iba a ser posible que todos conociéramos lo que se hace en todo el mundo. Al contrario, a veces los procesos de globalización contienen nuevas formas de segregación y de desigualdad entre quienes poseen y no poseen, quienes acceden y no.

-Si esa utopía se terminó, ¿algo la ha reemplazado?

-Nuevos conflictos, guerras que creíamos que ya no se iban a producir, invasiones injustificadas, basadas en torpezas y mentiras, desequilibrios irritantes y que crean nuevos males y conflictos. Nuevas formas de acercamiento que son resultado de la globalización vienen a menudo con la experiencia de que los otros nos resultan insoportables o amenazantes. Creo que es tan importante la interdependencia que creció con la globalización como el aumento de los conflictos y de las dificultades de convivencia.

-Si la globalización como paradigma para pensar se ha agotado, ¿hay un nuevo paradigma que lo pueda reemplazar?

-En realidad, se ha caído la noción de paradigma. Coexisten distintos modelos de desarrollo social, económico y político; desaparecen algunas lenguas pero las principales, que son muchas, siguen existiendo. El predominio del inglés no clausura la diversidad lingüística, nada hace pensar que vamos hacia un mundo monolingüístico.

-Usted afirma que ser internauta aumenta las posibilidades de ser lector y espectador. ¿Puede suceder también en sentido contrario?

-Sin duda, porque la pantalla de la computadora integra mensajes escritos, visuales, de audio, los sintetiza y combina de una manera nueva. Un entrenamiento en la lectura y en los medios audiovisuales habilita mejor para usar lo digital. Es interesante lo que ha sucedido con la escuela en ese sentido, porque se basó en una concepción gutenberguiana de la educación y el saber. Los maestros se resistieron a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, cuando ya los medios audiovisuales eran hegemónicos en las culturas de todo el mundo, a incorporar la televisión o el rock u otros medios. Y ahora hay políticas muy extendidas de incorporación de computadoras en la escuela. Salvo excepciones, la escuela saltó del mundo escrito al mundo virtual, sin haber hecho el tránsito de aprender a leer lo audiovisual. Esto hace que todavía gran parte del aprendizaje de los alumnos se haga fuera de la escuela, en la sociabilidad generacional, en espacios alternativos.

-Pero este incremento del acceso a la tecnología no redundará siempre en mejores aprendizajes.

-En buena medida se debe a que la educación capacita poco para entender conjuntamente los lenguajes. Se sigue pensando que la escuela tiene que educar sobre todo lectores. Los planes nacionales de lectura se hacen para formar lectores en papel, pero la mayor parte de los jóvenes lee textos en pantalla. Deberíamos reformular la currícula escolar para formar conjuntamente lectores, espectadores e internautas.

-La antropología se define por el estudio del otro. ¿Es por eso una mirada particularmente adecuada a estos tiempos?

-Han crecido los lugares de desempeño pertinente de la antropología porque no sólo aumentó la experiencia de la otredad y se intensificó con muchas más culturas, sino que nos hemos vuelto también sensibles a las muchas diferencias viejas y nuevas que se reproducen en la sociedad. Hay un avance de la antropología sobre territorios que no acostumbraban a ocupar los antropólogos. Hace ya varias décadas que no sólo estudian indios o extranjeros, sino también villas miserias, clases altas, industrias culturales. Pero ahora también hay antropólogos que curan exposiciones artísticas, programan en Internet servicios culturales multilingües, trabajan con recursos digitales para hacer las traducciones entre culturas. Tener un aprendizaje en trabajar con la alteridad y la traducibilidad entre culturas hace muy propicia su intervención en sociedades que están constituidas de este modo, donde cada vez las culturas pueden estar menos enquistadas.